

juventud á la carrera eclesiástica, en cuyo caso, por demás frecuente, comenzábase, desde luégo, como se comprenderá, por los estudios á ella correspondientes. Con el séptimo año de su vida el niño se trasladaba desde la habitacion de las mujeres al círculo de los hombres: cuando el mismo padre no se encargaba de la educacion de su hijo, confiábasele á un maestro, á un caballero amigo, que se encargaba de la enseñanza, ó bien se le educaba con otros de la misma clase y edad en la corte de un príncipe. Los ejercicios corporales, como por ejemplo la caza, el torneo y la guerra, eran para los jóvenes *edelknachte* (criados nobles), y



CRINHILDA ENTRE SUS CRIADAS (SIERVAS)

para los *junkherren* (señores jóvenes ó hidalgos) la cosa más importante; pero también se les enseñaba, á la par de la religion cristiana, las reglas de cortesía palaciega, el canto y la música, y sobre todo á tocar el arpa, la cítara y el violín (*fidel*). También se les ofrecía la ocasion de aprender lenguas extranjeras, y los viajes á países lejanos se consideraban entonces como un medio de instruccion. Uno de los buenos efectos de esta educacion caballeresca eran los esfuerzos consagrados á ofrecer á los jóvenes, y aún á los niños, las relaciones entre el hombre y la mujer rodeadas de una aureola verdaderamente ideal, presentándoles el «servicio de las mujeres» (en el mejor sentido de la palabra) como un deber indispensable del hombre bien educado y del verdadero caballero. Ulrich de Lichtenstein, á quien el duque Leopoldo el Glorioso armó caballero en 1222, exagerando después el romanticismo caballeresco hasta la locura más grotesca, escribía: «Cuando aún era niño oía á menudo leer y decir que á nadie le era dado alcanzar verdadera dignidad y honores mientras no estuviere siempre dispuesto y sin vacilar

en servicio de las mujeres dignas.» El *Winsbecke* pone en boca de un padre los siguientes consejos á su hijo: «¡Hijo, si quieres adornar tu cuerpo y procurar que tenga aversion al desorden, respeta y ama á las mujeres castas; porque estas rechazan con sus virtudes todo lo malo! Son el delicioso tronco de que todos nacimos, y el que no ensalza en ellas esta verdad no tiene educacion ni vergüenza; debemos considerarle como un insensato, aunque tuviera el talento de Salomon.»

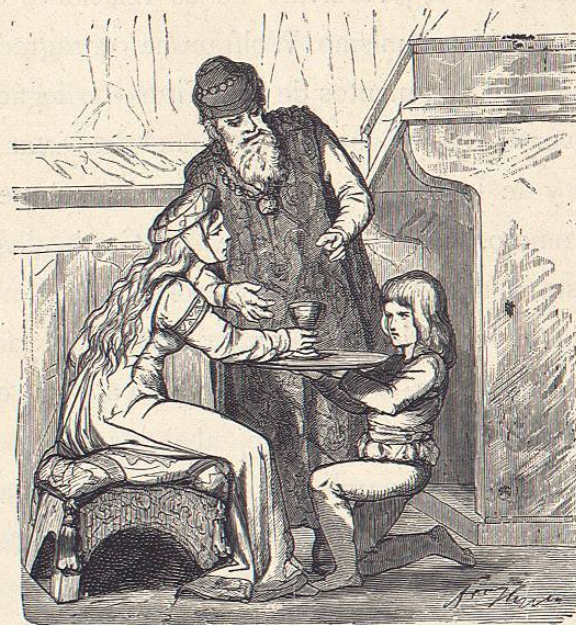
A los catorce años cumplidos dábese por terminada la enseñanza del «*junkherrein*» (señorito) en todos los principios de la cortesía, que no era sólo una doctrina del decoro propio, sino una completa instruccion de sus deberes.

El joven se hallaba entonces apto para llevar armas y servía en clase de «escudero» ejercitándose prácticamente al servicio de un caballero.

De este modo hacían sus pruebas en la lla ó después de una victoria en el campo mismo de la lucha, ó bien con solemnidad en grandes festejos y festividades. En este último caso era obligacion del escudero prepararse debidamente velando sus armas (*waffenwacht*), devotamente y de noche, en una iglesia ó capilla; además de esto debía confesar y comulgar, y cumplido este requisito, un sacerdote entregaba al aspirante, arrodillado delante del altar y vestido de blanco, la espada de caballero. Después debía presentarse ante una asamblea de caballeros y damas para prestar juramento, por el cual se comprometía á proteger á la Iglesia, ser fiel, atento y respetuoso á su señor feudal, no provocar ningun desafío injusto, amparar á las viudas y huér-



EJERCICIO DE LA BALLESTA



SERVICIO EN CALIDAD DE PAJE

guerra, adquiriendo el necesario conocimiento del mundo y de los hombres, porque á veces acompañaba á su señor á una cruzada á la Tierra Santa, ó al país de los prusianos gentiles, ó bien á una expedicion imperial á Roma; y entonces se le ofrecía ocasion de poner á prueba sus cualidades físicas y morales; también se le iniciaba con bastante frecuencia en los asuntos de la política y en los secretos de la corte. Después de pasar de este modo el tiempo de prueba, admitíasele á la primera ocasion oportuna en la orden de caballería, previa la formalidad del espaldarazo, que se efectuaba sin ceremonia alguna antes de comenzarse una batalla

fanos, y respetar á las mujeres. Pronunciados estos votos se le ponía coraza, gola, brazaletes y tibiales; calzábanle las espuelas de oro; se le ceñía el cinturón con la espada; y armado así arrodillábase para recibir de mano de un caballero el espaldarazo, es decir, tres golpes dados de plano en los hombros con la hoja de una espada. Por último, el novel caballero recibía el yelmo, el escudo y la lanza; presentábanle su caballo, y debía montarle con toda su armadura sin tocar el estribo, haciéndole andar despues por un círculo segun todas las reglas de la equitación. Godofredo indica el sentido moral de la recepción de caballero en su bella descripción de la «Schwertleite» de Tristan, en la que el anciano Marke dice á su sobrino: «Como ahora tienes bendecida la espada y eres caballero, ten presente sobre todo cuál debe ser la recompensa de los caballeros y la tuya, recordando siempre quién eres, sin olvidar tu alcurnia y tu nobleza. Sé humilde y sincero, veraz, honesto y ordenado; sé bueno siempre con los pobres y orgulloso con los ricos; respeta y estima tu cuerpo; honra y protege á todas las mujeres; sé humano y leal con el mundo y siempre renazca tu clemencia y lealtad.»

El jóven caballero se apresuraba entónces á elegir una «señora,» dama ó doncella, á quien consagrar su servicio amoroso segun las reglas de la cortesía. Debemos añadir aquí que este servicio no se mantenía siempre, ni siquiera por regla general, dentro de los límites de una veneración platónica, sino que tendía á obtener una «recompensa amorosa» muy positiva. Numerosos ejemplos sacados de nuestra literatura de aquella época lo confirman así, y hasta el grave y casto Wolfram habla en el «Parzival» de las relaciones de ambos sexos, con harta frecuencia muy ligeras. En cambio el mismo Wolfram ha consagrado al amor puro un monumento bello y maravilloso en los fragmentos de su «Titurel,» llegados á nosotros; compónese este poema de magníficos versos, en los que se describe el despertar del amor en los corazones del jóven Schinnatulander y de la doncella Sigime y los deseos que mutuamente se inspiran. Muy pocos pasajes de Homero, de Shakespeare y de Goethe llegan á igualar en ternura, delicadeza y veracidad á esta manifestación de pura poesía. En cambio, aparece retratada con singular complacencia toda la frivolidad y ligereza de la galantería alemana en los hechos memorables de Ulrico de Lichtenstein, de ese Don Quijote alemán, como ya le hemos llamado varias veces: hombre que á pesar de estar casado, abandonaba á su esposa por servir á su «Dama,» y volvía á reunirse con ella cuando por estar herido ó maltrecho, necesitaba de sus cuidados y asistencia. El «Servicio de las mujeres» de Ulrico prueba que el romanticismo caballeresco degeneró á veces en verdadera insania, y también se echa de ver en este libro cuán desapiadadamente trataban á menudo las prudentes «Dulcineas» á sus locos servidores amorosos.

La peligrosa broma que la señora de Ulrico se permitió con el pobre enamorado cuando él creía llegada por fin la hora de alcanzar la recompensa suprema de su amor, es uno de los episodios más extravagantes que se hayan inventado en la Edad media.

El verdadero «servidor del amor» indicaba ya á la gente, sólo por la elección de los colores de su traje, en qué estado se hallaban las relaciones con su dama; pues los diversos matices señalaban los grados del drama amoroso. Tenemos un poema escrito en el lenguaje usado entónces, cuyo título es: «Los colores,» y en el cual una dama se queja amargamente de que su caballero vista de amarillo, porque este color indicaba haber recibido ya por completo el

galardon amoroso. Por lo demás, las modas cambiaban rápidamente tanto por lo que respecta al traje masculino como al femenino; sólo continuaron invariables hasta los siglos xv y xvi, en que se comenzó á usar el llamado traje á la española, las tres prendas principales del vestido de los hombres: el calzon, la chupa y el manto. Los vestidos «ondulados» y los «acuchillados» eran extravagancias que condujeron al traje más grotesco aún de los pantalones y mangas anchas. A fines del siglo xii adóptase la moda caballeresca de llevar los escudos de armas de la familia bordados en una ó varias partes del traje; y desde el siglo xiii obsérvase un gran lujo en birretes, sombreros y calzado, así como en las armas, que tienen adornos. Entre las más insignes locuras de la moda debemos hacer mención de los «zapatos de pico,» que usados ya en el siglo xi, aún se llevaban en el siglo xv, y del «traje de campanillas,» que en esta última época se lucía en el mundo caballeresco, usándose cinturones, brazaletes y ligas con campanillas y cascabeles. Las costumbres cortesés exigían que la dama diera á su caballero una prenda de amor, un cinturón, una banda, un manguito ó un guante, y el caballero la fijaba en su yelmo ó escudo al entrar en campaña ó al tomar parte en un torneo. También hubo amantes que trocaban sus camisas como prendas de amor. Grande era la satisfacción y orgullo de la dama cuando su caballero traía la prenda despedazada ó agujereada en la lucha; pero lo que más halagaba la vanidad de una bella era sin duda el ser elegida en un torneo «reina de la hermosura» para entregar á los vencedores, entre los cuales se hallaba á menudo su propio amante, los premios de la victoria.

El torneo (del francés *tourner*) era el ejercicio gimnástico universal de los tiempos caballerescos y la principal diversión en todos los festejos en que tomaban parte los caballeros. Desde el siglo xii generalizáronse y se organizaron los torneos en Alemania segun todas las reglas del arte, conservándose hasta el siglo xvi y aún el xvii, aunque la parte seria de tales actos desapareció más y más desde el siglo xv. En los torneos se luchaba á caballo con lanza y espada, ó á pié, con hacha, maza, lanza corta y espada. Cuando los partidos peleaban en grupos uno contra otro, llamábase esto un *buhurd* (bohordo en español); pero más generalizado estaba el combate hombre contra hombre, y como la manera más caballeresca de batirse era á caballo y con lanza, llamada *tjost* (justa), se «torneaba» ó bien se «justaba.» En la justa empleábanse lanzas embotadas (*schimpfreunen* ó justa de juego), ó bien lanzas agudas (*scharfreunen*, justa seria); cuando se combatía de este último modo la liza quedaba á menudo cubierta de heridos y muertos. El premio del torneo (*turnierdank*, gracia del torneo), que al principio se redujo á sencillos regalos, como cadenas de oro, bonitos bordados, armas, un buen caballo, etc., se hizo más tarde objeto de prodigalidades y extravagancias: en un torneo efectuado en la Pascua de Pentecóstes de 1229 por los patricios de Magdeburgo, el premio del torneo fué una hermosa doncella.

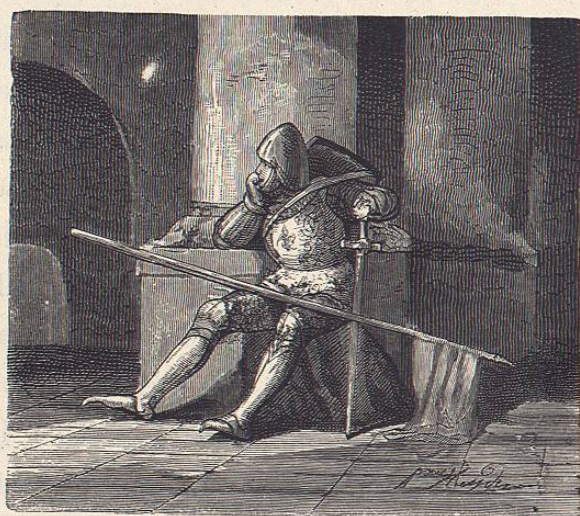
Lo mismo en sus expediciones guerreras que en sus viajes en general, caballeros y damas podían pretender la más amplia hospitalidad, pues sólo se viajaba á caballo, y siempre con cuadrúpedos propios, por caminos que en rigor no lo eran; sólo se podían hacer por lo tanto cortas jornadas, y como los albergues públicos algo cómodos no se hallaban más que en las ciudades, los viajeros debían procurar llegada la noche el alcanzar á tiempo un castillo, donde poder esperar hospitalaria recepción. Los huéspedes eran recibidos segun todas las reglas de la

cortesía; la señora de la casa, rodeada de sus hijas, daba la bienvenida al recién llegado, en la sala de honor, ofreciéndole su mano y dirigiéndole afables palabras. Una vez despojado de su armadura, se le daba cómodo traje de casa y una copa de vino, el cual probaba ántes la castellana; y después mandábase prepararle un baño. Al sentarse á la mesa para cenar, cedíase al viajero el puesto de honor; la señora ó señorita del castillo le servía los platos; y á la hora de acostarse acompañábanle á su cámara.

En los grandes convites á que daban lugar á menudo las numerosas festividades, las bodas, bautizos, y la reunion de las dietas, reinaba la mayor abundancia. Los ricos magnates tenían entonces ocasion de lucir sus preciosos jarros, copas y fuentes, expuestas con gran aparato en ricos aparadores; sus vastas habitaciones y sus magníficos muebles, colgaduras y alfombras. La cocina y la bodega se ponían también de gala, ofre-



PASATIEMPOS CORTESANOS



VELA DE LAS ARMAS

(*laütertrauk*). En los castillos y sus dependencias se albergaban en días de festejos centenares y hasta miles de huéspedes de ambos sexos. Comenzábanse aquellos siempre por una misa, para que no faltara la consagración religiosa; al volver de la iglesia los convidados sentábanse á la mesa para tomar el almuerzo (*imbiz*), que se componía ya de manjares y bebidas muy sustanciosas. La mañana se empleaba en un torneo ó una cacería, á la cual asistían las damas como intrépidas amazonas. Plácenos representarnos una verdadera señorita noble montando un brioso corcel, mezclada entre los cazadores y con el halcón en el puño de la mano derecha. Llegada la tarde, las bocinas anunciaban la hora de comer; cubríase la mesa de ramilletes; se tendían sobre ella guirnaldas; y también los convidados llevaban á menudo coronas de flores. En los mejores tiempos de la época caballerisca era costumbre separar á los señores de las damas,

ciendo á los convidados sus más opulentos productos; mientras que en días ordinarios, hasta en las mesas de los nobles se servía con mucha sencillez, reduciéndose la comida á carne ahumada y salada, col, legumbres, cerveza y aguamiel. A juzgar según las modernas aficiones, en el arte culinario del período caballeresco se prodigaban demasiado las especias de toda clase, sin exceptuar los vinos, entre los cuales merecían la preferencia los de Grecia é Italia, que rara vez se recibían puros, aunque, mezclados y preparados con abundancia de especias, llamábanlos «bebida pura»



VENCEDOR EN EL TORNEO